



ENCUENTROS EN UNA AGENCIA MATRIMONIAL

12 Historias Reales de SamSara - *Sonsoles Fuentes, Debolsillo 2002.*

EL DIARIO DE SARA

Domingo, 2 de enero de 2000

Todo el mundo se lamenta de que estas fiestas hayan caído en fin de semana.

Todo el mundo menos yo.

Mamá me ha llamado esta mañana. Si no llega a ser por ella, me hubiera quedado allí, acurrucada bajo la nórdica, en espera de que pase el año entero. Me gustaría ser oso para hibernar.

Mamá ha puesto su habitual tono de misterio:

—No te quise decir nada delante de la familia, pero el jueves fui a visitar a la maga Purificación.

Silencio.

Sé muy bien por qué fue a ver a su dichosa bruja. Mi madre espera que vuelva con él. Quiere que le perdone. Según ella, eso de tener amantes es común a todos los hombres y hay que hacerse la loca, ponerse una venda en los ojos y continuar como si nada.

Mi madre no puso el grito en el cielo cuando supo que Arturo tenía un amorío con otra, sino cuando le dije que había pedido la separación.

—¡Estás loca! ¿A dónde vas a ir a tus 35 años? Si al menos me hubieras dado nietos.

Y se echó a llorar.

Creo que lo único bueno que mi madre veía en mí era mi marido. Por lo demás siempre ha criticado cuanto he hecho.

Mañana de vuelta al trabajo. Qué bien. Tendré la mente entretenida. Éstas han sido las peores navidades de mi vida. A los treinta pensaba que no podían ser tan espantosas, cuando tía Francisca me preguntaba siempre por el “guayabo” y los demás esperaban expectantes mi respuesta. Pero estas fiestas mi ruptura ha sido asunto tabú.

Definitivamente, soy el garbanzo negro de la familia. La última en casarse y la primera en separarse. En el trabajo, en cambio, la mitad de la plantilla está divorciada.

Después de la llamada de mi madre me he dado un baño de espuma. Suerte que me llevé el inalámbrico, porque, como era de esperar, el teléfono sonó de nuevo. Era Gloria.

—¿Cómo lo llevas?

—Esta noche he conseguido dormir. Pero creo que ha sido gracias a las bebidas.

Con la mezcla, ya se sabe.

—¿Quieres que vayamos al cine?

—Si hay alguna comedia que valga la pena, vale.

Gloria está muy preocupada. Gracias a ella supe lo de Arturo. Lo vio en la puerta del hotel con la otra cuando supuestamente estaba de viaje.

—He visto a tu marido.

—¿Que lo has visto? ¿Dónde?

—Por la Gran Vía. Bueno, iba a pie, con una chica. Yo iba en coche. Me pareció raro que no estuviera contigo hoy sábado.

—Pero si está de viaje. Tenía un congreso en Sevilla.

—Ah —fue lo único que Gloria se atrevió a decir.

La cartelera cinematográfica es de pena. No hay donde elegir ante tanta película infantil. Leonora ha llamado después para pedirnos un favor, que vayamos a su casa a terminar con sus turrónes.

No faltaba más. Para eso estamos las amigas.

Lunes, 10 de enero de 2000

Petra ha regresado hoy de vacaciones. Aunque es la jefa del departamento comercial, su principal función en la empresa es vigilar a los que cobran más que ella. Pero no es el nivel económico lo único que le causa envidia.

Se ha acercado a nuestro departamento para hablar con mi jefe y ha aprovechado la ocasión para mostrarse atenta conmigo:

—Sara, por favor, deja ya de adelgazar que nos tienes muy preocupados a todos.

¡Qué falsa es, la pobre! Ha sido un ataque de celos, porque por la mañana, junto a la máquina del café, escuchó a Nicolás, el de informática, y a Damián, uno de sus subordinados, tirándome los tejos.

Dicen que las mujeres recién separadas ligan mucho, pero yo creo que ellos sólo intentan animarme. Son buenos chicos. Aunque también dicen que si ligamos más es porque nos toman por facilonas, porque nos encontramos en una situación emocional de mucha vulnerabilidad y nos echamos en los brazos del primero que nos hace un poco de caso.

Me parece una teoría estúpida. Yo no podría soportar que un tío me tocara en estos momentos. Aunque no sé quién podría fijarse en mí. Es lo que pienso cada mañana, cuando salgo de la ducha y me miro al espejo.

—Me gustaría saber cuál es el origen de una estima tan baja —me decía Leonora, que ha pasado la tarde en casa.

—¿No conoces a mi madre?

—Tu madre dirá todas las tonterías que quiera, el problema es que tú la escuchas demasiado. ¿Crees que Arturo se hubiera casado contigo si valieras tan poco como tú crees? Pero si has sido la envidia de todo nuestro círculo de amistades, mejor dicho, conocidas, porque a esas no se las puede llamar amigas.

—Claro, y como valgo tantísimo, me dejó por otra.

—Él no te dejó —dijo mi amiga—, fuiste tú.

¿Cómo no iba a dejarle! Me dijo que sentía por ella una pasión superior a sus fuerzas. Pero según Leonora, Gloria y mi hermana Patricia, eso no significa nada. Lo importante es que me dijo que seguía queriéndome. Que eso de la pasión es muy relativo y apenas dura.

¿Qué tenía que hacer entonces? ¿Permitir que continuara con su doble vida?

Le quería demasiado para soportarlo. ¿Le quería? ¿Le quiero aún?

Creo que dejaré la terapia por hoy. La psicóloga me recomendó la escritura para desahogarme. Va bien, porque una se convierte en un plumazo para los demás, se vuelve monotemática y acaban por huir cuando te ven llegar. Pero no sé si es bueno recrearse en estos pensamientos.

No sé. No sé si hice bien dejándole.

Viernes, 21 de enero de 2000

Hoy me ha llamado Laura, la ex mujer de mi ex cuñado. Me ha contado que Arturo vive solo, que no comparte piso con la otra. Es raro, porque la otra no estaba con nadie. Que yo sepa, es separada.

—Será que no le interesa demasiado —me decía Laura.

He leído en un libro de autoayuda que no hay que estar pendiente de la vida del ex si una quiere superar el divorcio, que es mejor no prestar atención a quienes quieren informarnos, aunque lo hagan con la mejor de las intenciones. La de Laura, desde luego, no era maliciosa. Ella sólo pretende animarme. Y yo no necesito que nadie me hable de él. Es el pensamiento que me acompaña a todas horas, como si fuera un paso de Semana Santa y yo la única que lo carga.

En este estado no puedo vivir sin los ansiolíticos. A Laura le asustan. Dice que esta clase de medicación que mandan los psiquiatras puede ser peor que la depresión. Creo que tiene miedo a que me enganche o algo así. Me ha hablado de terapias naturales, sin efectos secundarios. Pero ni la valeriana ni la tila me harán dormir. Ya las

he probado. La acupuntura no la descarto. Conozco a mucha gente que la ha practicado, pero son agujas, y me dan un no sé qué.

Últimamente no veo más que imágenes de cuchillos, tijeras y otros objetos cortantes. Pasan por mi mente como fotogramas de películas cuando estoy haciendo cualquier cosa, en el trabajo, en la parada del autobús...

Cuchillos y Arturo. Esos son los protagonistas de mis películas mentales.

Miércoles, 9 de febrero de 2000

¡Aleluya! Hoy, al despertarme, no he pensado en Arturo. Es más, adormilada aún, he dado un repaso a todo lo que tengo en el armario para escoger qué ponerme. De repente, me preocupo por mi imagen. Hasta ahora he tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano para arreglarme.

En el trabajo nos hemos reído mucho a costa de la pobre Petra. Mis colegas y yo estábamos sentados ante el mostrador de La Madriguera, el bar donde desayunamos, cuando se ha acercado ella para pagar lo suyo.

—Paco, ¿qué te doy? —le preguntó al dueño.

A lo que Paco, con esa flema suya, le contestó sin compasión:

—Asco.

Fue difícil ahogar las risas. Ella no se alteró.

—Ay, Paco, hijo, qué cosas tienes —fue todo lo que dijo, y se marchó tranquila.

Hemos sido portadores de la anécdota para toda la compañía. Hasta en el laboratorio han tenido que dejar con esmero los tubos de ensayo, con miedo a que se cayeran a causa de las carcajadas.

Después me he sentido culpable. No sé si es por haber crecido en un colegio de monjas o porque mi conciencia me dice que, asuntos religiosos aparte, no es ético reírse de los demás.

A media mañana ha vuelto a llamarme Laura. Quería que la acompañara al cibercafé y quedamos después de comer. Se ha empeñado. Creo que quiere que se me quite el miedo al ligoteo, especialmente vía Internet, que es el que ella práctica.

¡No veas cómo domina la técnica! Me ha enseñado el modo de distinguir a un fantasma del que no lo es. Después, según lo que hayan escrito, nace cierto interés por conocerlos o no.

Laura salió muy quemada de su relación con mi ex cuñado, y no quiere más historias estables. Por eso le va bien esto de Internet. A ella le pasa lo que a mí, que no sabe estar en una discoteca, no se divierte. Aguantar a moscones es deprimente. En cambio, en Internet hace una selección y queda con aquellos que no desean algo duradero.

Pero yo no estoy para rollos rápidos. ¡Con lo que tardé en conocer a un hombre que valiera la pena!

¡Dios mío! Pasarán cien años antes de tropezar con otro como Arturo.

¿Y por qué tiene que ser como Arturo?! Puede que mi instinto selectivo no fuera tan exquisito como yo imaginaba. Pero no puedo dejar de pensar que fui yo la que fallé. ¿Se habría encaprichado de otra si yo hubiera estado a la altura?

Bueno, ciñámonos al presente como me dice siempre mi psicóloga. El panorama es el siguiente: mujer de 35 años, recientemente separada, que necesita un hombre con quien mantener una relación estable y, muy especialmente, tener un hijo. Porque a eso nos íbamos a dedicar Arturo y yo antes de descubrir el engaño y, como no me dé prisa, se me acaba el tiempo.

Justo ahora pasan por la tele el anuncio ese de compresas, el que dice: “Me gusta ser mujer”. Ajjj.

Sábado, 19 de febrero de 2000

Leonora ha montado una cena en su casa.

¡Qué apañada es! Nos ha puesto un montón de canapés cantidad de originales y ensaladas de varios tipos. Después, un plato de pescado que estaba para morirse de bueno.

Yo me ponía muy nerviosa cuando Arturo quería que invitáramos a cenar a alguien. Sobre todo, cuando eran compañeros suyos. Llegaban a casa con aquellos cochazos y, cuando veía a sus mujeres bajando de ellos, envueltas en pieles, se me cerraba la boca para todo. Ni comía ni hablaba.

Arturo era muy comprensivo. Me decía que no tenía que preocuparme, que encargara la cena a una empresa de catering. Pero no era lo mismo. Me hubiera gustado presumir de ser una buena cocinera y animada conversadora. Pero yo era siempre la más sosa.

Esta noche, en cambio, hablaba por los codos. Quizá, porque estaba entre personas con las que me sentía bien. Aunque un colega de Leonora, a quien no había visto en mi vida, se ha puesto muy plasta. El vino de la cena le había hecho efecto y ha intentado hincarme el diente. Como he vuelto a hablar de mi monotema, el tipo se ha pensado que era presa fácil.

—Lo que tienes que hacer es olvidarte del tío ese y venirte conmigo —me decía sin apartar sus manazas de mis caderas, mi barriga, mi culo...

Leonora estaba enfurecida.

—A este gilipollas no lo invito más. Siempre tiene que montar un número.

Y me pedía disculpas, como si fuera ella quien me había metido mano.

Después, en casa, me he enganchado a una película que daban en la tele. Una de las protagonistas se había apuntado a una agencia matrimonial. La verdad es que aquellos hombres no estaban mal. Te podían gustar o no, pero no eran raros.

Al menos en una agencia la gente acude para tener una relación formal, y no un lío de cuatro días o una noche.

Pero, no sé, me parece algo un tanto casoso.

Domingo, 20 de febrero de 2000

Me he pasado la noche soñando con lo de la agencia, y no han sido pesadillas, precisamente.

¿Será algo premonitorio?

¿Qué puedo perder por intentarlo?

Me he comprado el diario y he echado un vistazo a los anuncios. Aparecen unas cuantas.

Si tengo valor llamaré mañana.

De repente, he tenido todo tipo de fantasías sobre los hombres que podría conocer. Hombres más guapos, más altos, con más dinero, y mejor vestidos que Arturo.

Y todos morenazos.

Siempre me gustaron los morenos, ¿por qué me enamoré de alguien con el pelo color paja?

Sí, decididamente llamaré mañana. Y, si me dan hora, me presento en la agencia por la tarde.

Supongo que tendré que dar buena impresión. Cuanto mejor sea mi aspecto, mejor selección harán para mí, ¿no?

¡Mierda! ¿Por qué no habré ido a la peluquería? Ya se ven las raíces oscuras.

Puede que lo arregle con uno de esos sombreros que me regaló Arturo. Nunca me atreví a llevarlos, porque no me sé ver con ellos, pero tengo que reconocer que una queda muy elegante y sofisticada con un sombrero. El rojo oscuro, como mi abrigo de piel, quedará de muerte.

Arturo siempre decía que el rojo me sentaba bien, mejor que cualquier otro color.

Lunes, 21 de febrero de 2000

Mañana:

¡Lo he hecho! He llamado desde el despacho, con la puerta cerrada para que nadie me oyera. He pedido una entrevista para la tarde, pero lo tenían todo ocupado. ¿Se apuntará tanta gente o se tratará de una estrategia comercial?

Bueno, me han dado hora para mañana.

Después en el desayuno, la pesada de Petra ha vuelto a meterse con el pobre Damián. Él es quien trabaja de verdad en el departamento comercial, mientras ella se dedica a controlar todos sus pasos. Se pasa la jornada pendiente de cuánto tiempo habla por teléfono y de cuántos compañeros le hacemos visitas.

—Tienes que tener cuidado, hijo —le ha dicho—. En la empresa controlan las llamadas. Vamos, yo lo digo por ti.

—¿Qué quieres decir con que controlan las llamadas? —le he preguntado yo, asustada.

—Pues eso, que vigilan el tiempo que estamos al teléfono.

—Pero, ¿escuchan nuestras charlas?

—Podrían hacerlo —ha contestado ella, enigmática.

No creo ni una palabra suya. Pero, ¿y si es verdad? No podría soportar que se enteraran aquí de lo de la agencia. No quiero que lo sepa nadie. Se reirían a mi costa.

Al final de la mañana me han llamado de la agencia. Alguien había anulado una cita y me daban hora para la tarde. Les he dado las gracias, pero también les he pedido que no vuelvan a llamarme al trabajo, por si acaso.

Voy a concentrarme en la faena para aplacar mis nervios.

Tarde:

La vecina del segundo piso me ha mirado un poco rara cuando me ha visto salir con mi sombrero y la cabeza tan alta.

¿O me lo ha parecido a mí?

En la agencia me he sentido muy bien. Las oficinas son muy elegantes.

Me han dicho que, con mi edad, la cifra de hombres interesados en conocerme será muy alta. Da gusto oírlo, porque a los 35 y en mi situación parece que hayas perdido todos los trenes. Basta con leer los anuncios de demanda laboral para sentirte vieja y rechazada.

Cuando me han preguntado por las cualidades de mi hombre ideal no he sabido qué decir. Creo que he perdido todas las pistas.

—Un hombre que sepa lo que quiere —eso he dicho, por fin.

Y que lo que quiera sea a mí por encima de todo, he pensado de inmediato.

Me han dado unas cuantas fichas de clientes. Pero no voy a llamar.

Esperaré a que lo hagan ellos.

Miércoles, 23 de febrero de 2000

¡Primera llamada!

Es un chico muy simpático. Se llama Oscar y tiene dos años más que yo. Me ha invitado a cenar, y dice que después podemos tomar una copa en su pub.

Tiene un local, nada grande ni ruidoso, me ha dicho, donde la gente puede sentarse tranquila a beber y escuchar un poco de música en directo. Él también toca. Le gusta la música celta. Pero no es lo único que suena allí. Actúan otro tipo de grupos, y también canta una chica brasileña con una voz preciosa.

Un artista. Genial. Dice que la música es todo su mundo.

Nada más colgar me he puesto a fantasear. Me he visto a mí misma con uno de esos vestidos vaporosos, de algodón, con florecillas, tocando junto a él esa especie de pandereta que llevan las irlandesas en los grupos celtas. Tendría que dejarme melena y rizármela. También podría hacerme trencitas, como las que llevaba Bo Derek en la Mujer 10.

Hemos quedado el viernes por la noche, en un bar de tapas.

Viernes, 25 de febrero de 2000

Tarde:

No tenía que haber dejado la depilación para hoy. Se me nota mucho la irritación. Las rojeces de las piernas se transparentan hasta con las medias negras.

Además, he incumplido una regla de oro: nunca hay que depilarse para la primera cita. Así te evitas caer en la tentación, arrastrada por la pasión cuando la voluntad se debilita. Pero es lógico que cometa errores, después de estar tanto tiempo fuera de circulación.

Mi peluquera me proponía un cambio de look. Pero no me atrevo a hacer experimentos ahora. Este corte me gusta y me siento más segura con él.

Al final voy a decidirme por los pantalones de color camel. Los de piel. No tengo un solo tejano decente. Están todos hechos un asco y pasados de moda. Desde que me casé con Arturo, mi armario se ha convertido en el de una pija.

Voy a tener que usar maquillaje, porque la última regla ha dejado su impronta regalándome un par de granos. Lo malo es que me lo tengo que quitar después, antes de acostarme, y pelearme con la crema desmaquilladora y el jabón especial para el cutis. Cuando me seco la cara, la toalla se queda tan guarra como si no me hubiera desmaquillado.

Justo cuando estaba liada con la operación más dificultosa, la aplicación del rímel, me llama mamá. Dice que está bulímica desde que me separé. Me he sorprendido a mí misma con la respuesta:

—Perdona, mamá, pero ahora estoy muy ocupada. Me estoy maquillando. Cuando quieras te paso el teléfono de mi psicóloga y pides hora de consulta.

Me estaba poniendo las botas de tacón alto y grueso cuando ha vuelto a llamar.

—Creo que sí —me ha dicho con tono de mando—, hablaré con esa psicóloga muy seriamente. Estoy segura de que estará de acuerdo conmigo sobre lo que te conviene.

—Mamá, te decía que pidieras hora para ti. Por tu bulimia. Ella no te dirá nada sobre mí. No es mi tutora del cole, ¿entiendes? Ya soy adulta. Mis asuntos quedan entre ella y yo.

—Yo soy tu madre y te conozco mejor que nadie.

—Muy bien. Haz lo que quieras. Llámala.

Si quiere hacer el ridículo, allá ella.

Noche:

Después de dar varias vueltas por las manzanas cercanas al bar, he conseguido llegar con cinco minutos de retraso.

Me he quedado unos segundos allí, en la entrada, mirando a los que estaban en la barra. Es un bar muy pequeño y estrecho. Había tres tipos con chaqueta de piel negra, como la que Oscar describió. Pero ninguno de ellos se ha acercado a preguntarme. Aunque me han dado un buen repaso ocular, como si estuviera muy buena.

Acababa de pedir una cerveza cuando llegó Oscar. Parecía asfixiado. Había dejado el coche mal aparcado para llegar a tiempo.

—¿Te importa que nos vayamos ya? Temo que se lo lleve la grúa.

—Pero, ¿no nos quedamos aquí?

—¿Aquí? No, por supuesto que no. He reservado mesa en un restaurante. Está cerca. Pero dejaré el coche en el parking.

Oscar era algo más alto que yo y no le faltaba atractivo. Pero comencé a decepcionarme.

La primera causa del desencanto fue su coche: un BMW.

¿Pero no tocaba en un pub? ¿Qué hace un bohemio con un cochazo como el de mi Arturo?

El restaurante fue el segundo chasco. También había estado en él con mi ex. Si me lo encuentro, me muero.

Óscar era muy divertido. Me dijo que era el director de una sucursal bancaria y que había montado el pub con un amigo. Que el banco le cubría sus necesidades y que gastaba lo que ganaba en aquello que de verdad le gustaba.

Me parece muy bien. Pero eso no justificaba lo del coche, ni el restaurante, ni tampoco ese chaleco que llevaba sobre la camisa blanca. En el fondo era un yuppie. ¿O pertenecerá a una de esas tribus nuevas? Lo leí en el Woman: los bobos.

En la coctelería a la que fuimos después de la cena, me dio un beso. Pero no pasó el test. No sentí gusanillos en el estómago. Y esa es la prueba implacable de que la historia no funciona. No quería que se ilusionara y le dije que me gustaría conocer a otras personas de la agencia.

De modo que me dejó en casa después de anotarme su teléfono.

—Eres la mujer más atractiva y cálida de cuantas he conocido —me dijo—. Espero que me llames algún día.

¿La más atractiva? ¿Cómo serán las otras de la agencia?

Me disgusta lastimar a la gente, pero tengo que reconocer que me siento muy bien. Esta noche me he desnudado ante el espejo contemplando mi cuerpo. No estoy tan mal. Como estoy animada me he desmaquillado a conciencia y me he puesto una pomada especial para los granitos. Creo que están prácticamente secos.

Sábado, 26 de febrero de 2000

El teléfono.

Espero que no sea mi madre. Tiene la virtud de despertarme cuando tengo resaca. Sólo tomé un gin-tónico. Pero ya no soy la de antes.

—¿Dónde te metiste ayer? Anoche llamé a todo el mundo. Este tío me ha dejado colgada.

Es Leonora. Tiene una de esas relaciones que se llaman “libres” desde hace un año. En ese tiempo, él ha puesto en práctica lo de la libertad, mientras que ella esperaba su llamada cuando dejara a su último ligue.

Supongo que ya ha llegado la hora de poner el hombro a una amiga que lo necesita. Ella ha hecho ídem durante mi depre post-ruptura matrimonial. Pero no sé qué me pasa. Desde ayer soy otra. Mi dulzura se ha diluido.

—¡Joder, tía! No entiendo por qué lo aguantas. Si no te gusta que se tire a otras, ¿para qué has aceptado una relación de ese tipo? Si al menos aprovecharas la ocasión para pegarte algún revolcón con otro y lo disfrutaras, en lugar de quedarte pegada al teléfono...

Silencio.

Oigo la respiración de Leonora. Creo que está llorando.

—Chica, lo siento. Debe de ser la resaca. No sé. Oye, vente a casa y comemos juntas, ¿vale?

—No —dice ella sollozando—. Si tienes razón, si soy una imbécil.

—No mujer, no. Todas hemos pasado por eso.

—Qué va. No es lo mismo. Yo le he dado permiso para que se ría de mí, para que haga lo que le dé la gana.

—No creo que se ría. Él es sincero. Pero me parece que las mujeres como tú y como yo, no estamos preparadas para aceptar ciertas fórmulas de pareja. Anda, vente a casa.

—¿Por qué no vamos al puerto y pedimos una paella?

—Buena idea. La verdad es que no tengo mucho en la nevera.

—Oye —me pregunta antes de colgar—, ¿y con quién pillaste la resaca?

Y ahora qué digo. No me apetece confesar la verdad.

—Quedé con unos colegas del trabajo. Estoy recuperando amistades.

—Ese es otro error. En cuanto salimos con alguien nos olvidamos de los amigos.

—Sí, claro.

Aún no me he preparado el café cuando vuelve a sonar el teléfono.

—¿Sara?

Una voz masculina que derrite.

—Hola, la agencia me ha enviado tu ficha. Quería saber si nos podíamos ver esta tarde.

No se me ocurría ninguna excusa para despedirme de Leonora después de zamparnos la paella, así que hemos aplazado la cita para mañana.

¡Qué voz! El caso es que me resulta familiar.

Domingo, 27 de febrero de 2000

¡Y tanto que me resultaba familiar! La voz de Eduardo me acompañaba todas las noches en plena edad del pavo. Yo tenía 13 años, él 20. Pero a mí me parecía mucho mayor e inalcanzable. Escuchaba su programa de radio después de cenar. Ponía la música de mis grupos y cantantes favoritos y, a menudo, les entrevistaba. También recibía llamadas de nosotras, las oyentes, que le pedíamos canciones y votábamos cada semana por nuestro tema favorito.

En fin, lo de siempre.

La verdad es que Eduardo era menos agraciado que su voz. Algo que no hubiera tenido tanta importancia si una no se ilusionara al escuchar aquella sensualidad que brotaba de sus cuerdas vocales, para decepcionarse luego, al verle.

—Es la historia de mi vida —me explicó él—. No sé qué esperaban encontrar las chicas cuando venían a la emisora. Pero está claro que no era a mí.

No puedo decir que fuera un tipo feo, pero recuerdo que mis fantasías le habían regalado un rostro y un cuerpazo de sex-symbol. Supongo que las demás oyentes habían hecho lo mismo.

Me explicó que continuaba poniendo discos durante una franja horaria, que ahora había cambiado los temas de Los Pecos por los de Alejandro Sanz, y que el resto de la jornada ejercía de técnico de control de sonido para un par de programas. En uno de ellos entrevistaron a unas parejas que se habían conocido en una agencia matrimonial, y se animó.

—Ya sabía yo que podría encontrarme con alguna ex oyente a quien decepcionar —me dijo.

Y yo no lo negué. No sabía por dónde salir, pero es que no me atraía lo más mínimo. Era buen tío y me caía bien, pero no tenía nada que ver conmigo. Yo pertenezco a otra galaxia.

Puede que ese sea mi problema, que vengo de otro planeta, diferente al de todos los hombres. Por eso no encajo con ninguno.

Sábado, 11 de marzo de 2000

Ya no sé qué hacer para despistar a mis colegas, a mi madre y a todo el mundo. Me niego a confesar lo de la agencia. Me he convertido en una mentirosa compulsiva. Si me sale un novio espectacular, voy a presumir de lo lindo.

Aunque tampoco entiendo qué me ocurre. La mayoría de los hombres con los que he quedado valían la pena. Merecían una oportunidad. El último, especialmente, lo tenía todo: más guapo que Arturo, con más dinero que Arturo, más elegante que Arturo y, yo diría, que hasta más inteligente que él. Se notaba por su sentido del humor. No paré de reír durante toda la noche. Arturo era tan serio...

¿Por qué, entonces, me he negado a verle de nuevo? He dicho que no a todos. ¡Yo! Sí, señor, esta vez he sido yo, Sara, quien ha dicho “no quiero”.

Oscar me llamó ayer. Me preguntaba si aceptaría una segunda cita, porque había visto a otras chicas, pero no podía olvidarse de mí. Nunca me habían dicho nada parecido. Espero mantener mis pies pegados al suelo. Aunque de eso ya se encarga mi madre, que no para de meterse con lo que me hago en el pelo, y con lo mal que me sienta la ropa que me compro.

Me ha dado por estrenar algo cada vez que quedo con uno, y ya he gastado toda la paga de Navidad en las rebajas. ¡Con lo contenta que estaba yo de haber conseguido ahorrar por primera vez en mi vida!

Además, he vuelto al gimnasio. Cristina, la directora de Recursos Humanos me ha pedido que le pase la fórmula, porque parece que haya encontrado el elixir de la juventud. No entiendo por qué me lo pide ella, precisamente, que perdió 30 kilos después de su separación, y está mucho mejor que antes. Por lo visto, hay maridos que nos hacen engordar.

Jueves, 16 de marzo de 2000

¡Dios mío, es de Arturo!

Como siempre, cuando llego al despacho, miro el correo electrónico. ¡Me ha enviado un mensaje!

“¿Cómo estás?

Arturo”

Y ya está. Tan escueto como siempre, el pobre.

¿Qué pretende? ¿Qué quiere? ¿Qué le pasa?

Me ha dado un ataque de ansiedad. Creo que en el desayuno se han dado cuenta, porque me he zampado un bocadillo de bacon con queso, una Coca Cola light, un croissant y un pastel de músico. Y antes de entrar he sacado una chocolatina de la máquina.

Después he llamado a Gloria:

—Ten cuidado, ¿qué le has contestado?

—Nada. Me he quedado sin cerebro. En blanco.

—No me extraña. No se ha preocupado por ti en todo este tiempo.

—Tampoco es verdad. Me consta que ha preguntado por mí.

—Bueno, bueno. Yo mantendría la calma. ¿No te habrá visto con el del videoclub? Igual se ha enterado de que sales con hombres, en lugar de quedarte encerrada en casa, sollozando. Vanidad masculina.

—¿El del video-club?

—¿No tenía un video-club? ¡El tipo con el que quedaste el fin de semana!

—Ah, sí. Fui a comprar una peli y me tiró los tejos.

—¿Qué pasa? ¿Tanto ligas últimamente que te olvidas de los hombres con los sales?

—Ya te he dicho que me he quedado sin cerebro desde que he visto su mensaje.

—Bueno, esta tarde te descargarás en el gimnasio. Te paso a buscar.

Pero el consejo de Gloria no ha sido muy efectivo. La pregunta de Arturo no me deja en paz mientras corro en la cinta. De todos modos, he insistido y me he metido en clase de aerobio.

Cuando estaba bajo la ducha he recordado que tenía otra cita. He quedado a las siete con uno de Sant Sadurní d'Anoia. Creo que tiene viñedos.

Viernes, 17 de marzo de 2000

Tengo que contestarle. No puedo quedarme así.

Me parece que el hombre de ayer estaba disgustado.

Le expliqué lo que me había pasado con mi ex y me dijo que no entendía para qué me había apuntado en una agencia matrimonial si aún no he superado mi separación.

Puede que tenga razón. Por eso no me gusta ninguno.

Bueno, gustarme sí. Alguno me ha gustado. Pero ni siquiera intento dar otro paso y quedar de nuevo.

Tengo que ser escueta, como él, para no meter la pata. Abro el correo y escribo su dirección.

No, mejor hago un “responder”.

He escrito y, posteriormente, borrado varios mensajes. En este orden:

“Bien.

Sara”

“Muy bien.

Sara”

“Estupendamente.

Sara”

“Feliz.

Sara”

“¿Por qué lo preguntas?

Sara”

Finalmente, he cerrado el programa de correo sin enviar nada.

En el desayuno he vuelto a dejar anonadados a mis colegas: unas croquetas, un trozo de tortilla de patatas, un montadito de pimientos y anchoa y una Coca-Cola.

—¿Estás preñada? —me ha preguntado Paco, el camarero, que no sabe lo de mi separación.

¡Ojalá! Aunque, me pregunto qué habría pasado si me hubiera enterado del engaño de Arturo con un embarazo. No, pobre crío. Ya es suficiente con que sufra yo. Seguro que una depresión como esa tiene que afectar al feto. Prefiero la inseminación artificial.

Maldito Arturo. Me escribe un mensaje estúpido y ya me asaltan pensamientos perturbadores. Lo mejor es que le llame y le exija que me deje tranquila, que se vaya al cuerno.

Pero ha vuelto a dejarme un mensaje:

“¿Puedo llamarte?

Arturo”

Sin dudarlo he contestado afirmativamente. Era lo que quería, ¿no? Tendré la oportunidad de poner los puntos sobre las íes. Que él haga su vida y yo la mía.

Tengo que ser sincera conmigo misma: ¡ya no vivo más que para recibir esa llamada! No quiero ir al gimnasio. Lo que quiero es irme a casa y esperar sentada junto al dichoso teléfono. Soy una estúpida, lo sé. He engañado a Gloria. Le he dicho que me encontraba mal del estómago y que no estaba para coger pesas, que me echaría en el sofá a ver culebrones.

Acababa de quitarme el abrigo cuando ha sonado el teléfono. ¿Habrá calculado la hora de mi llegada?

Efectivamente. ¡Era él!

Después del saludo se ha echado a llorar. Este no es mi Arturo. Me lo han cambiado. ¡Dice que está loco por mí! ¡Que no se había dado cuenta de cuánto me quería hasta que nos separamos! Que a las dos semanas no soportaba la presencia de

otra mujer. Que ha pasado estos meses intentando averiguar qué demonios le ocurría. Hasta que se ha rendido ante la evidencia. Que no puede vivir sin mí.

Y todo esto entre sollozos.

—¿Arturo? —le pregunto yo— ¿Eres tú?

Y él, con su monólogo:

—Hace quince días que no voy a trabajar. Me han dado la baja. Es por depresión, pero le he dicho al director general que era un constipado mal curado, que se había complicado. No hago más que escuchar aquella canción que tanto te gustaba. Groenlandia, ¿te acuerdas? La busqué como un loco. Preguntaba por los discos de los Zombis, pero nada. Al final la encontré en una recopilación de canciones de los 80.

No sé dónde se había metido Arturo en los tiempos de la movida. Vale, es diez años mayor que yo. Pero los principales músicos de entonces tienen su edad.

—Sara —seguía él—, yo también me iría a buscarte a la isla de Pascua o a los anillos de Saturno, si hiciera falta.

Creo que no he engañado a Gloria. Mi estómago está destrozado.

Jueves, 23 de marzo de 2000

En la agencia se han quedado encantadas con mi historia. Y eso que pierden una cliente. Pero se han alegrado por mí.

—He disfrutado mucho en las citas —les dije—. Todos se portaron muy bien conmigo. Mi psicóloga dice que he ganado en seguridad, pero que mi nivel de autoestima no debería depender de los elogios masculinos, de si gusto o no a los demás.

—Y tiene razón. Lo importante es gustarse a una misma.

—Ya. Pero a una le gusta que le digan cosas bonitas de vez en cuando, sin necesidad de pasear en mini falda junto a un edificio en obras.

Ahora hago con Arturo lo que quiero. Dice “sí” a todas mis sugerencias, como un corderito. Me he dado cuenta de que en el tiempo en que estuvimos casados me había anulado por completo. No él. En realidad, lo hice yo misma, que me ponía pegas a todo. Siempre creí que no estaba a su altura. Sentía una presión que me ahogaba y no supe disfrutar de nuestra relación.

Ahora no hago otra cosa que pasármelo bien. Me visto como quiero, sin pensar en si pega con su estilo o no. Pido pizzas si no tengo ganas de preparar la cena o nos perdemos por los bares de tapas de la parte vieja de la ciudad.

Aún no le he dicho nada a mamá. No quiero que me caliente la cabeza con lo que debo o no debo hacer a partir de ahora para no perder de nuevo a mi marido.

Las que se han quedado pasmadas han sido mis amigas. Por cierto, que Laura está más que enganchada a uno de sus ligues internautas. Suerte que él también parece enamorado.

Miércoles, 5 de abril de 2000

Petra está destrozada. Su marido se ha largado con otra. Y lo peor es que le dijo de todo antes de marcharse: que era insoportable, que no entendía cómo había aguantado tanto tiempo, que lo único que sentía por ella era asco.

Pobre Petra. Nunca creí que llegaría a decir esto, pero lo siento de veras.

La he acompañado en el desayuno. Ella hablaba y lloraba mientras yo le pasaba kleenex. Después sentí náuseas y me fui al lavabo. Ha pensado que mis vómitos se debían a los últimos acontecimientos de su vida. Que tales revelaciones me traían malos recuerdos. No le he dicho que estoy embarazada.

¡Porque estoy embarazada!

Ni siquiera sabe que he vuelto con Arturo.

Quizá debería apuntarse en una agencia matrimonial. Podría enviarle un mensaje anónimo o algo así con la dirección, para que encuentre un hombre que descienda por ella los glaciares, que la busque en Groenlandia, en las selvas de Borneo, en los cráteres de Marte, en los anillos de Saturno.